

LECCION XXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Quinta parte de la misa. — *Pater*. — Oraciones y ceremonias que le siguen. — Fracción de la hostia. — El ósculo de paz. — *Agnus Dei*. — Oraciones anteriores á la Comunión. — Comunión.

Encerrado el sacerdote en el secreto del santuario, ha tratado frente á frente con Dios, durante el Cónon, de los intereses del pueblo; al terminar esta série de oraciones, da gracias por Jesucristo y eleva la voz diciendo: *Por todos los siglos de los siglos*, apresurándose el pueblo en asociarse á cuanto el sacerdote acaba de hacer y de pedir para él, contestando *Amen*, así sea, palabra que pone fin al Cónon y á la cuarta parte de la misa.

La quinta es una preparacion para la comunión; ahora bien, ¿qué se entiende por un pueblo que comulga? ¿Os habeis dirigido alguna vez semejante pregunta? Un pueblo que comulga es una gran familia sentándose á una mesa dispuesta en los confines del tiempo y de la eternidad, en la que los habitantes de la tierra verifican el acto mas augusto, mas delicioso y mas social que pueden realizar simples mortales, y en la que se hallan en relaciones de santidad y de presencia con los habitantes de la Jerusalem celeste; á la misma mesa del Padre comun de los Ángeles y de los hombres para comer el pan y beber el vino que les preparara su tierna solicitud. ¡Oh! gran Dios! Considerad por un momento qué pan, qué vino se sirven en el banquete sagrado! Para recordar la tierna idea de una familia sentándose á la misma mesa, la Iglesia quiere que sus hijos saluden á Dios con el dulce nombre de Padre, y pone en sus labios la Oración dominical; sin embargo esta oración es tan santa, nos eleva á tan alta dignidad permitiéndonos llamar á Dios nuestro Padre, que la Iglesia ha creído deber exponer en un corto prefacio que solo por orden del mismo Jesucristo se atreven sus hijos á rezarla.

Mientras que el sacerdote la recita, cuidemos de excitar en nues-

tro corazón un vivo sentimiento de humildad y de reconocimiento, para que *instruidos por saludables preceptos, y formados por una institución divina, nos atrevamos á decir*: Padre nuestro, *Patet noster*, etc. ¡Ah! ¿Quién no siente un inefable consuelo al ver que la Iglesia nos manda rezar la Oración dominical en un momento en que Jesucristo, que fué su autor, es inmolado en el altar para obtenernos de su Padre todas las demandas que contiene? La costumbre de rezar el Padre nuestro á fin de prepararse para la comunión data de la mas remota antigüedad, y ¡ojalá pase por nuestros labios como pasó, hace diez y ocho siglos, por los del Hombre-Dios, por los de los Apóstoles, por los de los Mártires y por los de tantos Santos, nuestros padres y nuestros modelos!

En la Iglesia oriental todo el pueblo dice el Padre nuestro, mas en la Iglesia latina lo reza solo el sacerdote¹. La Iglesia latina estableció que el celebrante pronuncie solo y con voz inteligible la Oración dominical, á fin de que la oigan distintamente todos los asistentes; sin embargo, para que el pueblo tome parte en ella, se le hace rezar la última demanda, como una recapitulación de todas las demás, de manera que al pronunciar estas palabras: *libranos de mal*, los fieles dicen: libranos de mal á fin de que seas glorificado siempre en nosotros, de que reines únicamente en nuestros corazones; de que hagamos tu voluntad, de que obtengamos de tu bondad los bienes espirituales y temporales; de que merezcamos el perdón de nuestros pecados por el sincero amor de nuestros hermanos, y de que nuestra debilidad no esté expuesta á las tentaciones. El sacerdote contesta: *Amen*. Sed librados de mal.

Y acto continuo explica esta demanda del pueblo, nombrando los males de que deseamos vernos libres, y á los intercesores por cuya mediación la esperamos, dice así: «Libradnos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros; os lo suplicamos por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa María, madre de Dios, siempre Virgen, de vuestros bienaventurados apóstoles Pedro, Pablo y Andrés, y de todos los Santos; dadnos por efecto de vuestra bondad la paz durante nuestros días, á fin de que sostenidos por el auxilio de vuestra misericordia nos veamos libres de todo pecado y exentos de toda clase de tribulaciones. Por el mismo Jesucristo, vuestro Hijo, el cual, siendo Dios, vive y reina con Vos

¹ S. Greg. Serm. LVIII in Matth. vi; De Orat. dom. c. 10.

«en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.
«Amen.»

Antes de esta oracion y al terminar el Padre nuestro, el diácono purifica la patena para que esté mas limpia; el sacerdote la toma y la guarda apoyada en el altar á fin de poderse servir mas fácilmente de ella para hacer la señal de la cruz; al decir estas palabras: *Dadnos la paz*, hace sobre sí mismo la señal de la cruz con la patena, y la besa, en signo de respeto, como el instrumento de la paz y el vaso para siempre sagrado en que debe cuanto antes descansar el adorable cuerpo de Jesucristo, sirviéndose de él para hacer la señal de la cruz, porque solo por la cruz destruyó el Salvador cuanto se oponia á nuestra paz¹. Coloca en seguida la patena debajo de la hostia, para poder tomar ésta con mas facilidad; descubre el cáliz, hace una genuflexion para adorarle, y tomando la hostia la divide en tres pedazos sobre la preciosa sangre, á fin de que las partículas que pudiesen desprenderse caigan dentro del mismo cáliz.

¿Por qué se divide la hostia? Para despertar uno de los mas venerables recuerdos de la Religion; antes de distribuirlo á sus Apóstoles, el Salvador tomó el pan y lo *rompió* diciendo: *Tomad y comed*, lo que prueba mas y mas que en la mas pequeña de nuestras ceremonias se encierra un tesoro de recuerdos y de piedad. La division de la hostia se verifica en todas las iglesias de Oriente y de Occidente²: una de las partes es colocada en el cáliz; la segunda era antiguamente distribuida al pueblo, y el sacerdote comulgaba con la tercera, pues como la hostia que se consagraba en otros tiempos era mas ancha y gruesa, era posible dar una porcion de ella á los fieles, mas siendo en el dia mas pequeña, el sacerdote la consume entera; las hostias pequeñas sirven para la comunión del pueblo.

El celebrante, teniendo entre el pulgar y el índice de la mano derecha la parte de la hostia que va á mezclar con la sangre preciosa, hace por tres veces la señal de la cruz sobre el cáliz de un extremo á otro, diciendo: *Sea siempre con vosotros la paz del Señor*, y el pueblo contesta: *Y con tu espíritu*. El sacerdote hace la señal de la cruz sobre la sangre del Salvador, pues por medio de esta sangre divina

¹ De aquí proviene que en muchas iglesias se dé á besar la patena en las ofrendas, diciendo: *Pax vobis*: Sea la paz con vosotros.

² Euchol. græc. p. 81 ad hom.; Amalar. lib. III, pág. 635; Bona, lib. II, c. 15.

fueron pacificadas todas las cosas¹, y la hace por tres veces en honor de las tres Personas de la santísima Trinidad.

Durante los seis primeros siglos, estas palabras del celebrante, *Sea siempre con vosotros la paz del Señor* eran la señal del ósculo de paz que debian darse los cristianos; y entonces habriais visto á todos aquellos hijos de la misma familia, llamados á la mesa del Padre comun, el Dios de caridad, abrazarse y besarse tiernamente, para indicar que no habia en su corazon ni amargura, ni aversion, ni frialdad, sino la caridad mas franca y viva, y oido exclamar á los gentiles: ¡Ved cómo se aman, y como están prontos á morir los unos por los otros! Aquella naciente sociedad halló en su caridad el principio de su victoria sobre el Gentilismo, pues la union es la fuerza. Los hombres daban á los hombres el ósculo santo; las mujeres á las mujeres, y todo aquel pueblo de hermanos se acercaba en seguida á la mesa del Cordero, á la cual, segun expresion de los santos Doctores, solo los pacíficos tienen derecho para tomar asiento².

Si en su profunda sabiduría la Iglesia ha modificado esta costumbre, ha conservado al menos sus vestigios, y en las misas solemnes vemos aun al diácono dar al subdiácono el ósculo que ha recibido del celebrante, pues éste antes de dar el ósculo besa el altar, símbolo de Jesucristo, y antiguamente besaba la sagrada hostia, para indicar que bebia la paz en el mismo Corazon de Jesucristo. El subdiácono comunica luego esta paz á todos los eclesiásticos presentes; de modo que no habiendo cambiado el espíritu de la Iglesia, los fieles que asisten á la misa deben en aquel momento pedir á Dios la paz, y hacer algun acto de caridad para con el prójimo, recordando estas palabras del divino Maestro: *Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti; deja allí tu ofrenda del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda*³.

¿Cuál es la paz que el sacerdote desea á los fieles y que éstos deben solicitar? La paz del Señor, *Pax Domini*; la paz, única herencia temporal que el Hombre-Dios legó á sus hijos desde lo alto de su cruz; la paz interior del alma que el mundo no puede dar, porque es el fruto de la victoria conseguida sobre nuestras pasiones; la paz

¹ Colos. 1, 20.

² S. Hier. in *Epist. ad hæc verba*: Salutate invicem in osculo sancto.

³ Matth. v, 23, 24.

con Dios y con nuestros hermanos; la paz del mundo por su sumision al Evangelio, y la paz de la Iglesia por la cesacion de las persecuciones: la primera es la disposicion para la comunion, la segunda es su resultado. Para dar una viva imágen de esta paz divina, el sacerdote, mientras el pueblo contesta: *Y con tu espíritu*, deja caer en el cáliz la porcion de la hostia que tiene en su mano derecha, y dice: «Sea hecha esta mezcla y consagracion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo para la vida eterna de todos nosotros que la recibimos. Amen.»

Antiguamente se sellaban los pactos con la sangre de las víctimas, ó con la de las partes contratantes; cada una de éstas extraía de su cuerpo un poco de sangre que se mezclaba con la de las otras, y con esta sangre se firmaba el contrato; mas aquí el sacerdote sella la union, la paz de los fieles entre sí y con Dios, en la sangre divina, en la sangre de la alianza eterna. Así pues, lo que con esta oracion pide la Iglesia, como efecto del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por la consagracion y consumado por la comunion, es una paz perfecta y universal.

La mezcla que se hace en el cáliz de las especies de pan y vino indica: 1.º la union entre Dios y el hombre que se obró en la encarnacion, llamada por san Agustin, *mezcla de Dios y del hombre*¹; 2.º la mezcla de Dios y del hombre que se verifica por la comunion de la tierra; 3.º la que se verificará por la eterna comunion del cielo, comunion perfecta en la cual, descorridos todos los velos, serán los Santos consumados en la paz y en la unidad de Dios.

Sin embargo, ¿cómo alcanzar tan deseada paz, cómo lograr esta unidad divina, si no tenemos una víctima que nos reconcilie con Dios asumiendo sobre sí todos nuestros pecados? ¡Ay! mientras subsista la pared divisoria elevada por el pecado, es imposible toda union entre Dios y el hombre: la Iglesia lo sabe, y por esto es que dirigiéndose á Jesucristo le invoca en calidad de Cordero y de Víctima de Dios: *Cordero de Dios*, le dice por tres veces, *que borras los pecados del mundo, apiádate de nosotros, danos la paz*; y le invoca por tres veces, para manifestar con tan apremiante súplica y con aquel número misterioso, la necesidad infinita que tiene de su gracia y de su misericordia para ser reconciliada con Dios en este mundo, y perfectamente unida á él en la paz del cielo. Al decir aquellas palabras

¹ Mixtura Dei et hominis.

el celebrante golpea su pecho, y los fieles deben imitarle, para significar que allí, en nuestro corazon, se halla el único obstáculo para la paz, el pecado, y para conjurar al Cordero, que venga á destruirlo.

En la misa de Difuntos se dice: *Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, dadles el descanso*, pues ocupada enteramente en sus hijos que ya no existen, la Iglesia solicita para ellos el único bien deseable, el reposo del cielo; el sacerdote no se golpea el pecho, pues no para él, sino para sus hermanos difuntos, solicita la paz.

Para convertirnos por la comunion en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu con Jesucristo, es preciso que no formemos entre nosotros mas que un corazon y un alma por la caridad; es preciso que seamos todos un mismo pan, en el cual todos los granos de trigo están de tal modo amasados y mezclados, que no forman sino una sola cosa; disposicion esencialmente cristiana y tan necesaria para la comunion, que la Iglesia la pide con nuevo fervor por medio de la oracion siguiente. El sacerdote se inclina, junta sus manos sobre el altar, fija modestamente los ojos en el Dios de paz que reposa delante de él, y dice: «Señor Jesucristo, que dijisteis á vuestros Apóstoles: «Os dejo la paz, mi paz os doy, no hagais atencion á mis pecados, «sino á la fe de vuestra Iglesia, y dignaos pacificarla y reunirla según vuestra voluntad, Vos que siendo Dios, vivís y reináis en todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Esta oracion que data del siglo ix ó x¹, y que hizo admitir el deseo de paz, tan rara en aquellos calamitosos tiempos, no se reza en las misas de Difuntos, por la razon de que la paz que pedimos para la Iglesia militante no conviene á la Iglesia que sufre: sin embargo, ¿cuán necesaria nos es á nosotros todos que vivimos en medio de las tormentas y de las revoluciones! Temiendo que sus pecados sean un obstáculo para su consecucion, el sacerdote la pide por la fe de la Iglesia; en efecto, la fe es la que ora, y siendo la Iglesia la única casa de la fe, es tambien la casa de la oracion; solo la Iglesia católica, con exclusion de todas las sectas, ha recibido el espíritu de oracion; solo aquella casta paloma tiene el don de gemir, y de que el Señor escuche sus gemidos, en cuanto solo ellos son formados por su espíritu.

¹ Orden romano. *Microlog. misa de Iliria*, etc.

En los primeros siglos la Iglesia no habia colocado aquí oracion alguna, pues todas las que preceden á la Comunión pueden considerarse como una preparacion suficiente; sin embargo, muchos santos presbíteros no pudieron considerar el momento de la recepcion del precioso cuerpo de Jesucristo sin sentirse sobrecogidos de respeto y de un santo temor, que les hizo solicitar con mayores instancias la remision de sus pecados, y la gracia de participar dignamente de la santa Eucaristía; esta disposicion fué causa de que se introdujesen muchas oraciones llenas de los mas tiernos sentimientos, y la Iglesia eligió, entre ellas, dos que se rezan diariamente hace seiscientos ó setecientos años ¹. Los fieles que deban comulgar harán muy bien uniéndose al sacerdote, penetrándose del espíritu de sus oraciones y rezándolas con él.

La primera dice así: «Señor Jesucristo Hijo de Dios vivo, que por la voluntad de nuestro Padre, y la cooperacion del Espíritu Santo disteis con vuestra muerte la vida al mundo, libradme por este santo y sagrado cuerpo y por vuestra sangre de toda clase de males, haced que me una inviolable y eternamente á vuestra ley, y no permitais que me separe jamás de Vos, que siendo Dios vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Esta oracion nos recuerda admirablemente que solo por la muerte de Jesucristo fué el mundo vivificado, y nosotros participamos en la muerte y en el sacrificio de Jesucristo por la comunión, así como los judíos tenian parte en los sacrificios de la ley, comiendo la carne de las hostias, comunicando de este modo con Dios por medio de las hostias que le eran ofrecidas. La comunión eucarística, es decir, *sensible*, en el cuerpo de Jesucristo, solo fué instituida como un medio para participar interior é invisiblemente en la gracia y en el espíritu de todos los misterios del Hombre-Dios ².

¹ Lebrun, pág. 397.

² «Esta es la vía ordinaria, continúa el P. de Condren, cuyas palabras acabamos de citar; mas aunque se reciba muchas veces antes y sin la comunión, pero no sin referencia á la comunión, la misma recepcion de la gracia es una comunión interior en los méritos, en el espíritu y en la gracia de Jesucristo. «Por esto es que san Agustín creyó que esta comunión es necesaria aun á los infantes para salvarse; y no significa esto que los niños bautizados que mueren sin recibir por su boca el cuerpo de Jesucristo bajo las apariencias de pan que dasen privados de salvacion, sino que existe tan estrecho enlace y dependencia

En la segunda oracion, el celebrante reanima sus sentimientos de humildad y de compuncion, y pide á nuestro Señor que su adorable cuerpo sea para él un preservativo contra los pecados mortales, y un remedio saludable para los veniales; dice así: «Señor Jesucristo, haced que la recepcion de vuestro cuerpo, que me propongo recibir á pesar de mi indignidad, no sea un motivo para mi juicio y condenacion, sino que, por vuestra bondad, me sirva de defensa para mi alma y para mi cuerpo, y de saludable remedio, «Vos que siendo Dios vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Después de estas oraciones, el sacerdote dispuesto ya á consumir el sacrificio hace una genuflexion para adorar al Salvador, se levanta de nuevo, y toma en sus manos la sagrada hostia, diciendo: «Tomaré el pan celestial, é invocaré el nombre del Señor.» ¿Dónde hallar palabras que mejor convengan á un alma penetrada de amor por Jesucristo, y del deseo de recibirle? El sacerdote quisiera unirse con su Dios, y su corazón está dominado del mismo sentimiento que hacia decir al Salvador, hablando de su Pasión: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua* ¹; sin embargo, este sentimiento de amor no es el único que experimenta; el de su indignidad lo acompaña, y ved al sacerdote anonadarse, humillarse ante el Dios tres veces santo, y con igual confianza que el Centurion, cuyas palabras repite, solicita un milagro, un milagro que, purificándole de sus impurezas, le haga digno de recibir á su Dios; así es que golpeándose el pecho, repite tres veces: «Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, pero decid únicamente una palabra, «y mi alma quedará limpia.» Sí, decid una palabra; y mensajera de vuestra omnipotente voluntad, partirá y vendrá á curar mis heridas.

Sin embargo, desde el fondo de su humillacion, recuerda el sa-

«tal entre el Bautismo y la Eucaristía, que la necesidad del primero contiene la necesidad de la otra, estando el voto, per decirlo así, el derecho, el deseo y la necesidad de la Eucaristía encerrados en el Bautismo, como la necesidad de la alimentacion es inseparable de la vida de un recién nacido, el cual no pudiendo conservar su vida sin alimento, manifiesta su necesidad y su deseo de alimentarse con cuanto le es posible. Esta es la razon por que antiguamente no se acostumbraba separar los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmacion y de la Eucaristía». (*Idea del sacerdocio de Jesucristo*, pág. 386).

¹ Luc. xxii, 15.

cerdote este precepto del Salvador: *En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*¹. Entonces se resuelve, la confianza y el amor triunfan, y el celebrante, haciendo la señal de la cruz con la sagrada hostia, dice: «El cuerpo de Jesucristo, Señor nuestro, «guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.»

Esta oracion nos manifiesta que el cuerpo de Jesucristo nos es dado como una prenda de la gloria del cielo, como las arras de la vida bienaventurada, como un viático para ayudarnos á pasar desde el destierro á la patria. La sangre y la carne del Hombre-Dios se convierten en nosotros en una sal que preserva nuestra alma de la corrupcion del pecado, que consume cuanto hay de terrestre en ella, que la hace agradable á Dios, y que le inspira, por decirlo así, el cariño del cielo; el sacerdote alimentado con este manjar de inmortalidad puede considerar sin palidecer su entreabierta tumba, puede descender á ella sin temor, pues en su carne lleva la prenda de la resurreccion futura.

Despues de tomar la sagrada hostia, el celebrante emplea el instante de que necesita para tragarla, en expresar vivamente al Salvador su amor y su gratitud, y luego que se halla en estado de hablar dice: «¿Qué daré yo al Señor en cambio de todos los bienes «que me ha concedido? Tomaré el cáliz de salvacion, invocaré el «nombre del Señor, cantando sus alabanzas, y me hallaré á cubierto «de los ataques de mis enemigos.» En efecto, ¿qué sentimiento puede dominar en un corazon en que Jesús reside personalmente, á no ser la gratitud y la admiracion? ¿Qué palabras pueden salir de los labios que acaba de santificar, á no ser un cántico de alabanza? En seguida el sacerdote descubre el cáliz, lo adora haciendo una genuflexion; recoge con respetuosa solicitud las partículas de la santa hostia, que quizás hayan quedado en el corporal, para ponerlas en el cáliz, y tomando la sagrada copa, dice: «La sangre de nuestro «Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.»

En este momento se verifica la comunion de los fieles; y habiendo ya explicado en la parte II del Catecismo el modo como comulgaban los primeros cristianos², solo nos resta decir algunas palabras

¹ Joan. vi, 54.

² Véanse sobre el particular los interesantes detalles dados por Duranti, lib. II, c. 55.

sobre las ceremonias y oraciones que acompañan en el dia la comunion del pueblo.

Los comulgantes, arrodillados en las gradas del santuario ó en las del altar, hacen por boca del acólito ó del diácono la confesion general de sus pecados: *Confiteor*, costumbre que data de mas de quinientos años. El sacerdote se vuelve hácia ellos y dice: «Apiédese «de vosotros el Dios todopoderoso, y despues de perdonaros vuestros «pecados os conduzca á la vida eterna.» Contestando todos por boca del ministro: «Así sea: *Amen.*» El sacerdote añade: «Concedáos el «Señor todopoderoso y misericordioso la indulgencia, el perdon y «la remision de todos vuestros pecados.» Sus corazones responden: «Así sea: *Amen.*» Y tomando entonces la sagrada hostia, que conserva elevada sobre el copon, el sacerdote dice: «Hé aquí el Cor- «dero de Dios; hé aquí el que borra los pecados del mundo.» Añadiendo por tres veces: «Señor, no soy digno de que entreis en mi «casa, mas decid solo una palabra, y mi alma quedará limpia.» Dicho esto el sacerdote se acerca á los asistentes, y les da la sagrada comunion, haciendo la señal de la cruz que acompaña con estas palabras: «El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde vuestra alma «para la vida eterna.»

En muchas iglesias los fieles contestan: «Así sea: *Amen.*» Mas en los lugares en que no lo digan con los labios, deben decirlo de lo mas profundo de su corazon. ¿Qué deseo mas bello y útil pueden abrigar? En Alemania y en otras varias partes de la cristiandad se da á los fieles que acaban de comulgar agua y vino para que se purifiquen la boca, antigua costumbre que se observa aun en las ordenaciones, y en muchos lugares el dia de la primera comunion general¹.

Por respeto hácia el Salvador el sacerdote se purifica la boca y los dedos, á fin de que nada quede en ellos de las santas especies; venerable práctica que data del siglo XII: antes de este tiempo limitábanse á lavarse las manos despues de la comunion arrojando el agua en la piscina ó lavadero, lugar decoroso y destinado para este uso; mas despues de aquella época, el sacerdote hace dos abluciones, una con vino puro, y la otra con agua y vino que el acólito ó el subdiácono echan sobre sus dedos. Mientras el celebrante está ocupado en estos cuidados exteriores, su alma unida á su Dios mantiene

¹ Lebrun, pág. 636.

con él un santo coloquio y le pide, ¿qué? ¡Ah! ¿qué puede, qué debe pedir un alma errante, desterrada, que está unida á su Dios, á su Padre y á su fin, sino que se digne inmortalizar esta union? Este es el sentido de las dos oraciones siguientes:

«Haced, Señor, que conservemos en un corazón puro el Sacramento que nuestra boca ha recibido, y que este don temporal sea «para nosotros un remedio eterno.» Al purificarse los dedos añade: «Señor, haced que pertenezcan unidos á mis entrañas vuestro cuerpo que he recibido, y vuestra sangre que he bebido, y que después de haber sido alimentado por Sacramentos tan santos y tan «puros, no quede en mí huella alguna de mis pecados. Vos que vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Los fieles que han tenido la felicidad de comulgar, ¿qué mas bellas oraciones podrian rezar en accion de gracias? Sin embargo, ya hayan comulgado realmente ó solo espiritualmente, los asistentes deben, durante tan preciosos y cortos momentos, meditar sobre Jesucristo, adorarle, darle gracias, y pedirle con confianza cuanto puede serles necesario para el cuerpo y para el alma. «El momento que sigue á la comunión, dice santa Teresa, es el tiempo mas precioso de la vida.»

Segun nuestra costumbre explicaremos aquí las analogías que una ingeniosa y tierna piedad se complace en encontrar entre las ceremonias de la quinta parte del sacrificio del altar y las circunstancias del sacrificio de la cruz, y no se olvide que nuestro guia es siempre el amable y santo obispo de Ginebra. El sacerdote reza el Padre nuestro compuesto de siete peticiones, *Jesús, desde lo alto de su cruz, pronuncia las siete memorables palabras que constituyen su testamento*; el sacerdote divide la hostia, *Jesús espira*; el sacerdote coloca en el cáliz una parte de la hostia, *el alma de Jesús descende á los infernos*; el sacerdote comulga, *Jesús es sepultado*.

Interroguemos ahora nuestra fe, que ella nos dirá el sentimiento que debe dominar en nuestra alma durante la quinta parte de la misa. Allí, en el altar está el mismo Jesucristo que nos amó hasta el punto de dar su sangre por nosotros, que ha dicho y dice aun: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Mis delicias consisten en estar entre los hijos de los hombres. Venid á mí, vosotros los que sufrís, y yo os consolaré. Confianza, confianza ilimitada, infantil, es el sentimiento que debe llenar nuestro corazón y asomar por consiguiente en nuestros labios; pidamos para nosotros, para nuestros parientes, para

nuestros amigos, para nuestros hermanos todos sin excepcion. ¿Qué puede negarnos Aquel que se da á sí mismo? ¡Oh Dios mio! ¿Por qué nosotros todos no somos ricos en bienes espirituales, nosotros para quienes corre su fuente cada dia con tan sorprendente bondad? ¡Ah! la culpa es nuestra y solo nuestra; mas, se acabó; en adelante no tendremos que echarnos en cara ni tibieza, ni desconfianza.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme permitido asistir con tanta frecuencia á vuestro adorable sacrificio, y os pido perdon por todas las irreverencias de que me he hecho culpable.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *comulgaré sacramental ó espiritualmente cuantas veces oiga misa.*